
La omnipresencia de Dios:

Nuestro Dios no está, en esencia, en un solo lugar

De Dios se dice que Él es «ubicuo». Esto significa que Él existe, o está, en todo lugar a un mismo tiempo. De esto también dan testimonio las Escrituras (Jeremías 23.23–24). ¿Cómo se puede dar esto? ¿Qué es lo que supone esto? Cuando decimos que Dios está en todo lugar, eso significa que podríamos viajar a cualquier lugar del universo y jamás hallar un lugar que Dios haya dejado «vacante».

LA REALIDAD DE LA OMNIPRESENCIA

El universo es vasto. No es posible expandir nuestras mentes lo suficiente como para abarcar sus límites. Nuestro pequeño sistema solar ya nos parece bastante grande. ¿Recuerda cómo nosotros —y cerca de quinientos mil personas más— observamos desde la tierra con deleite y asombro el momento en que Neil Armstrong y «Buzz» Aldrin anduvieron haciendo piruetas sobre la superficie lunar? Las huellas del hombre se encuentran en este momento en la luna. Aunque la luna se encuentra aproximadamente a 384.000 kilómetros de la tierra, ella todavía está en nuestro porche trasero, hablando en términos astronómicos.

Salga ahora del porche trasero al patio, y mire a su alrededor. Vemos al sol arriba. Está a unos 149.600.000 kilómetros de distancia. Ocho planetas más orbitan a su alrededor. Mercurio, el más cercano, se encuentra a sólo 58 millones de kilómetros del sol; Plutón, el más lejano, se encuentra a casi seis mil millones de kilómetros de distancia. A Plutón le toma 247 años terrestres completar una órbita alrededor del sol. En el momento que se escribe el presente estudio los astrónomos están convencidos de que todavía hay otro planeta más allá de Plutón. Hasta aquí llega

nuestro patio trasero.

Ahora vayamos a la cerca y miremos hacia afuera y hacia arriba. En una noche clara, podemos ver la Vía Láctea, la galaxia a la cual pertenecen nuestro sol y todos nuestros planetas. Las investigaciones en astronomía de Milton Humanson y Edwin Hubble han confirmado que nuestra galaxia mide unos 100.000 años luz de un extremo al otro. Hubble también observó que varias galaxias «cercanas» se encuentran dentro de un rango de uno a siete millones de años luz de distancia.¹ Además, estas galaxias (espirales) son en realidad galaxias «islas», las cuales se extienden por el universo hasta donde la presente capacidad de observación permite determinar.²

Tal vez ya hemos ido bastante lejos. El cuadro de la realidad cósmica es asombroso. Es fantásticamente expansivo. Un indicio de la inmensidad del universo es la forma como se le mide. Las medidas en kilómetros llegan a ser un ejercicio lamentablemente insuficiente. Las calibraciones en años luz llegan a ser la norma.

Todo lo anterior tiene gran importancia para nuestro estudio de la naturaleza de Dios. El término «año luz» es una expresión de *tiempo*. Por lo tanto, las ideas acerca del tiempo son decisivas para nuestra comprensión de Dios. Por su naturaleza misma, el tiempo tiene comienzo y tiene fin. Si así no fuera, el tiempo no sería tiempo; sería eternidad.

¹ Un año luz es la distancia que la luz viaja en un año, a una velocidad de 300.000 kilómetros por segundo. Esto da como resultado 9.460.800.000.000 (nueve billones cuatrocientos sesenta mil ochocientos millones) kilómetros.

² Robert Jastrow, *God and the Astronomers (Dios y los astrónomos)* (New York: W.W. Norton, 1978), 41ff.

La «ubicuidad», y su sinónimo la «omnipresencia», significa la presencia de Dios «en todo lugar, todo el tiempo». Esto es posible para Dios, porque en esencia «Dios es Espíritu» (Juan 4.24a). Por lo tanto, Dios está, en esencia (entidad fundamental), en todo lugar todo el tiempo. Él no «decide» ir a un lugar donde no está —¡porque Él ya está allí! Esto es lo que reiteradamente expresan los dos testamentos de la Biblia (Salmos 2.4; 3.4; Hechos 7.49; 17.28).

LAS REPERCUSIONES DE LA OMNIPRESENCIA

El concepto de la omnipresencia de Dios tiene enormes repercusiones. El prefijo «omni» significa «universal, sin límite alguno»; la «omnipresencia» se define como «calidad del que está presente en todo lugar en todo tiempo». Como Dios es omnipresente —está en todo lugar en todo tiempo— entendemos por esto que no hay tiempo ni lugar que escapen a Su presencia. En otras palabras, Dios no está limitado, ni restringido a un tiempo ni a un lugar (2 Pedro 3.8; Salmos 139.7–10). Tal vez, el más grande ejemplo de tiempo, es lo que llamamos historia. «El tiempo sigue su marcha» en la historia. A menudo decimos: «Sencillamente es una cosa tras otra». La secuencia de los eventos es muy importante para nosotros, pues, los que vivimos sobre la tierra somos criaturas sujetas a la dimensión tiempo.

La idea de lugar también es importante para nosotros, pues, no somos infinitos, sino finitos. Mientras vivamos aquí, estamos sujetos a un tiempo y a un lugar. Cada uno de nosotros es un punto en la página de la geografía. Siempre estamos «aquí» —jamás «allá». En cualquier instante preciso, nos encontramos en un lugar específico. En ese segundo, ese lugar es nuestro «aquí» —jamás nuestro «allá». Puede que pensemos que hemos estado «allá». No obstante, nuestro «aquí» es donde nos encontramos en un momento dado, en un lugar en particular.

Estas palabras tienen el propósito de describir nuestra finitud y de contrastar la omnipresencia de Dios con ella. A Él no lo detienen tiempo y lugar; nosotros vivimos aquí sujetos a tiempo y lugar. Dios no está limitado por tiempo y lugar porque Él es eterno (Isaías 57.15). Él abarca tiempo y lugar por Su omnipresencia. Sin embargo, Él trasciende tiempo y lugar por Su eternidad. En esto consiste la importancia de la revelación de sí mismo como el gran YO SOY. El nombre *Yahweh* es en realidad una forma del verbo «ser» —existir.

Como Dios eterno que es, Él no tiene «pasado»

ni «futuro». El «pasado» y el «futuro» son conceptos vestidos del ropaje del tiempo. El tiempo y la eternidad no son la misma cosa. La eternidad no es un «largo tiempo». La eternidad es el *para siempre*. No tiene comienzo ni fin. Dios es «el Alfa y la Omega»³ (Apocalipsis 1.8). Es decir, Él hizo entrar en escena al tiempo y a la historia y nos dio consciencia de la realidad temporal. Él eventualmente hará salir al tiempo y a la historia y nos dará la plena y verdadera consciencia de la eternidad. Debe recalarse que aquel que le dio existencia al tiempo y a la historia, es precisamente el mismo que trasciende el tiempo y la historia.

RESUMEN

Dios es esencialmente espíritu. Hemos hecho ver que Dios no solamente está siempre-presente en el tiempo (en la dimensión temporal), sino que también está siempre-presente en el universo (en la dimensión espacial). La Biblia afirma que Él existe eternamente, es decir, Su existencia sobrepasa todos los límites, incluyendo los que imponen el tiempo (la historia) y el espacio (la creación).

En nuestras concepciones finitas de tiempo y espacio, nosotros a menudo hablamos de Dios diciendo que Él está «aquí» o «allá». Del mismo modo lo hacen los escritores bíblicos, tal como lo hemos observado. Es necesario, para criaturas sujetas al tiempo y al espacio, hablar de Dios en ese modo. No obstante, también hablamos de Él diciendo que es eterno. Lo hacemos así porque Dios es, esencialmente, el Dios que está *en* el tiempo y en el espacio, así como también lo es *más allá* de los límites del tiempo y del espacio. Desde la perspectiva Suya, Él siempre está «aquí» ahora. Cuando preguntamos: «¿Es Él “allá”?» Su respuesta es: «Sí, YO SOY “aquí”». Esto es cierto, sea que estemos pensando en el espacio que se encuentra fuera de los límites del universo (si es que hay alguno), en el universo mismo, en nuestro propio mundo, o en nuestras mismas vidas. Este es el Dios en el que «vivimos, y nos movemos, y somos» (Hechos 17.28). ¿Es nuestro Dios muy pequeño? No, pero nuestra capacidad para apreciarlo en toda Su plenitud es escasa, al menos por ahora.

El salmista se percató de cuán limitado está el hombre y reconoció la infinitud de Dios. Él expresó estos conceptos en el Salmo 139.7–12:

¿A dónde me iré de tu Espíritu?
¿Y a dónde huiré de tu presencia?
Si subiere a los cielos, allí estás tú;
Y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí

³ Comienzo y final.

tú estás.
Si tomare las alas del alba
Y habitare en el extremo del mar,
Aun allí me guiará tu mano,
Y me asirá tu diestra.

Si dijere: Ciertamente las tinieblas me encubrirán;
Aun la noche resplandecerá alrededor de mí.
Aun las tinieblas no encubren de ti,
Y la noche resplandece como el día;
Lo mismo te son las tinieblas que la luz. ■

©Copyright 2000, 2002, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados